

# Crónica o ceremonia para una despedida

César López

**D**ULCE MARÍA LOYNAZ LLEGÓ TEMPRANO EN EL SIGLO XX Y se nos marcha tardíamente en el mismo, como si abriera y cerrara la poesía de la isla para estos tiempos convulsos, plenos, inquietantes. Es imposible, pues, siquiera sea ligeramente, rozar la creación, la lírica, la cultura toda de Cuba, sin invocar su señera, ligera y firme figura en tránsito delicado y discreto por su patria e historia.

La casa, como ámbito y acogida fue, sigue siendo, el espacio preciado de su obra; casa con jardín y una mujer extraña, dentro, pero pendiente del acontecer constante más allá de las verjas:

“Bárbara pegó su cara pálida a los barrotes de hierro y miró a través de ellos. Automóviles pintados de verde y de amarillo, hombres afeitados y mujeres sonrientes, pasaban muy cerca, en un claro desfile cortado a iguales tramos por el entrecruzamiento de lanzas de la reja. Al fondo estaba el mar”.

Ya lo había previsto y se enfrentaba con el tiempo, en su peculiar sentido; “Eternidad” es el título del primer poema de su inicial libro, sencillamente denominado *Versos*, de 1920-1938.

*“En mi jardín hay rosas:  
Yo no te quiero dar  
las rosas que mañana...  
Mañana no tendrás”.*

Pero imaginaba, tal vez, otro final, algo entrevisto por entonces respecto a la casa y a sus últimos días, quizá a la poesía, dubitativamente a una época que se extinguía...

*“No sé por qué se ha hecho desde hace tantos días  
este extraño silencio:  
Silencio sin perfiles, sin aristas,  
que me penetra como agua sorda.*

*Como marea en vilo por la luna,  
el silencio me cubre lentamente”.*

Ese arco, compás, recinto, resultó impreciso; si hubo rosas, éstas se perpetuaron, si silencio, fue poblado de voces susurradas y trémulas. La distinta, la insólita, como Bárbara, pertenecía a lo de dentro que se ensancha y prolonga en lo de fuera. La morada, flor de islas, por su mandato lírico, acoge su palabra y engendra permanencia. Vence la propiedad aun cuando contradice a la autora que exclamara:

*“Muchas cosas me dieron en el mundo: sólo es mía la pura soledad”.*

Por soberbia de estirpe inaugural, de parte de la poeta, por empecinamiento cambiante del entorno, hubo un tiempo escondido, de mutuo desconocimiento, mutilación, vacío. Hasta que plenamente, no sin dificultades recíprocas, recelos, reticencias, la puerta, la cancela, las rejas de la vieja casona del Vedado se abrieron. Real y metafóricamente. Sus versos volvieron a la memoria, su quehacer fue buscado y encontrado, su sonrisa irónica, su palabra tierna y cortante, su altiva cubanía como emblema distinguido. Todo en Dulce María Loynaz adquirió su destino, mostró la amplitud de su nombre. María de las Mercedes, palabras del bautismo, entró en el erguido proyecto de su advocación. El Dulce nombre de María junto al apellido primigenio. De aquellos ascendientes que llegaron temprano a la patria y nos la ayudaron a fundar. En sus caminos, notas, dudas.

Concentrada en su obra, escuchaba su idioma, su lengua, comentaba su río, su país, su sangre. Se aferraba a su ser como las raíces a la tierra nutricia. No importaba que el agua pudiera identificarla, porque el agua ayudaba a definir su contorno. Criatura de islas. Hechura de nación capaz de confrontarla y confrontarse ella misma para transformar envolturas y guardar sus esencias.

Y entonces no importaban las ruinas de la casa, el paseante sabía que tras la bruma o la luz Dulce María Loynaz vigilaba la patria y la poesía. Alguien dejaba unas rosas a su puerta y al contrario de aquel primer poema no escuchaba la advertencia premonitoria

*“Deja, deja el jardín...  
no toques el rosal:  
Las cosas que se mueren  
no se deben tocar”.*

Más bien el mensaje se abría contrario, porque las cosas y la poesía de Dulce María Loynaz al no ser destinatarias de la muerte han de ser tocadas. El ser para la resurrección de la poesía transformó el objetivo de todo paseante del Vedado, como bien lo sabía desde los inicios Alejo Carpentier y como lo confirmara días antes de su temprana muerte José Lezama Lima al apuntar a la residencia: “usted ha creado lo que pudiéramos llamar el tiempo del jardín,

allí donde toda la vida acude como un cristal que envuelve a las cosas y las presiona y sacraliza”. Y eso, ahora, cuando caminar por la calle 19 en El Vedado nos puede producir un estremecimiento de carencia paradójica, llena al joven o al viejo que enfila la visión hacia el añoso palacete y le da certidumbre de nueva permanencia engendrada por la insistente vida y poesía de Dulce María Loynaz. No importa la duda anterior de Virgilio Piñera respecto al sueño o vigilia de esta mujer excepcional.

La casa, el jardín, la presencia, la figura, la pena de amor que no se cura, mantienen una esperanza en la creación que nos dejara esta poeta.

Gastón Baquero, unos días antes de su propia desaparición, conmovido y lúcido por la muerte de su amiga y parigual, escribía el 28 de abril del presente año, en lo que tal vez fuese uno de los últimos testimonios de su grandiosa pluma:

“Estaba tan entrañada en el alma cubana, representa tanto el nombre de Dulce María Loynaz para sus contemporáneos que se había llegado a ver en ella, con ella y con su obra, el caso de identidad o identificación absoluta entre la persona y su presencia viva y activa en el ser y en el quehacer de cada día. Llegó la gran poetisa a ese extraordinario modo de ser en un país, en una sociedad, como parte inimaginable de un país, pero al mismo tiempo de su territorio, su naturaleza, su identidad, en una palabra”.

Así, vale recoger el mismo título del testimonio de Baquero en el deceso de Dulce María Loynaz: *Amada y valiosa para Cuba*.

El sentido, valor, desentrañamiento de su obra se ha ido captando y continuará haciéndose lentamente, delicadamente, dulcemente. Mientras, como antes, que ya se va volviendo siempre, nos queda agradecer su presencia, compañía, benévola y cáustica, tierna y agresiva, frágil y resistente.

No aprovechemos ocasión tan tremenda como la muerte para arrimar ascuas a ninguna sardina interesada más allá del rigor del paterno prado a que nos convocara José Martí. Dulce María Loynaz, poeta, es un ser humano, pleno de cubanía, agudo sentido del humor, de la historia y del compromiso ético y estético. Caminamos en su entierro. Hubo flores que venían de los más diversos, que no opuestos, rincones. Hubiera querido junto al Himno Invasor compuesto por su padre el General del Ejército de Independencia Enrique Loynaz del Castillo, las palabras de despedida de duelo de los tres oradores, la voz de la poeta reproducida y amplificadas que impregnaba las callejuelas fúnebres del Cementerio de Colón en su ciudad de La Habana, escuchar muy adentro, directo, el machadiano “golpe de ataúd en tierra” que, ya se sabe, “es algo perfectamente serio”. Para quedarme, quedarnos, con ejemplo y recuerdo, *con todos y para el bien de todos*.

Digo así, permanencia, presencia, persistencia; porque Dulce María Loynaz, fiel a su legado, lo deja escrito:

*“De la Isla no se despide nadie para siempre, ni ellos se despiden del misterio”.*

La Habana, mayo de 1997.